



31 de octubre de 2011

[Imprimir Página Web](#)

Una crisis, dos perspectivas

Bernabé López García

ARI Nº 16-2002 - 12.7.2002

Los medios de comunicación marroquíes han seguido muy de cerca el reajuste ministerial llevado a cabo por el presidente José María Aznar el 10 de julio en clave propia, resaltando ante todo la salida de Josep Piqué del Ministerio de Asuntos Exteriores. Algunos, como el diario que dirige el propio Primer Ministro, Abderrahman Yusufi, se aprestaban a interpretar este reajuste como una salida a "la peor crisis de la historia" del mandato de José María Aznar. ¿Será esta interpretación de debilidad interna la que habrá conducido a juzgar el momento oportuno para agravar la crisis de las relaciones hispano-marroquíes con una mini-invasión del islote del Perejil? Pero estos incidentes que tensan la cuerda de unas relaciones frágiles, sin duda calculados -aunque cueste saber quién los ha sugerido y con qué motivos- en una coyuntura tan particular como la del primer día de festividades por la boda real y a cuatro días del debate sobre el estado de la nación en nuestro país ¿qué reacción buscan de España? ¿Sobre cuál de los frentes quieren presionar? ¿De nuevo sobre la actitud española acerca del Sahara? ¿O se trata de castigar a los lobbis españoles agrícolas a los que se acusa del fracaso del 4º round de las negociaciones agrícolas entre Marruecos y la Unión Europea? ¿Qué relación tienen con las negociaciones de Gibraltar? ¿Se trata de llamar la atención de la nueva ministra de Asuntos Exteriores sobre el vecino país y que no olvide la tradición establecida por los ministros de Exteriores y jefes de Gobierno desde la democracia de iniciar su agenda oficial con un viaje a Marruecos?

Una vez más, la crisis hispano-marroquí parece un diálogo de sordos, un perpetuo "te-lo-digo-juan-para-que-lo-entiendas-pedro" en el que no se llama al pan, pan y al vino, vino. Hace pocas semanas, en vísperas de la cumbre de Sevilla, el entonces ministro de Asuntos Exteriores español, Joseph Piqué, aseguraba que no le constaba que en Marruecos hubiera malestar por los acuerdos que iban a adoptarse en Sevilla para castigar a los países que no colaborasen en la lucha contra la inmigración ilegal. Parecía como si el ministro mirase para otra parte, pues no era posible que en la Embajada de Rabat no le informasen día a día de la preocupación que existía en todos los medios del país. Desde el diario del primer ministro hasta la prensa de oposición más furibunda al Señor Yusufi, habían interpretado las sanciones a discutir en Sevilla como una medida pensada contra Marruecos y en relación con la tensión que existe desde hace más de un año entre los dos países. Algo que pude comprobar en vivo a mediados de junio en Marruecos, de la boca de responsables políticos y periodísticos de todos los colores en el vecino país. Se decía que el presidente del gobierno español utilizaba la inmigración con fines electoralistas, se aseguraba que preconiza el odio entre las dos orillas (así titulaba la portada llamativa del semanario *La vérité*) y se apuntaba que Sevilla podía ser el entierro de Barcelona '95, cerrándose así un ciclo que ha ido de la esperanza en construir un Mediterráneo de paz, confianza y cooperación a un foso de encono y tensión.

La crisis que vivimos en las relaciones hispano-marroquíes ha sido la más prolongada de los últimos años, pero también la más insólita. Prolongada, puesto que dura ya más de dos años, período en el que no han tenido lugar los encuentros de alto nivel entre los dos gobiernos previstos anualmente por el Tratado de Amistad y Buena Vecindad que firmaron nuestros jefes de Estado en 1991. Insólita, porque mientras otras crisis como la de 1995 tenían un motivo evidente -las diferencias en la negociación pesquera- la que se viene incubando desde 1999 para llegar a un punto culminante a fines de octubre de 2001 con la retirada del embajador Baraka, superado ahora en julio de 2002 con la escaramuza de la isla de Perejil, acumula un buen número de razones que la parte marroquí considera agravios y que motivaron una respuesta de despecho por parte de las autoridades de Marruecos que llamaron a consultas al Embajador en Madrid a fines de octubre pasado, hecho bastante excepcional en las relaciones entre países, sólo contemplado cuando las diferencias están en la antesala de la ruptura. Marruecos sólo ha retirado un embajador en dos ocasiones, ambas con Francia: en 1956, cuando los franceses secuestraron el avión en el que se desplazaba Ben Bella y otros líderes de la revolución argelina; y en 1965, cuando desapareció el líder opositor Ben Barka en Francia.

¿Estaban las relaciones hispano-marroquíes realmente al borde de la ruptura? La retirada del embajador sorprendió en España al gobierno, a la oposición, a los medios de comunicación y a la opinión pública, por parecer desproporcionada y contraproducente. En usos diplomáticos es norma explicar las razones que justifican una medida de tal envergadura, identificando claramente las razones y el destinatario de la protesta. Marruecos (el gobierno marroquí) no explicó suficientemente por qué se cortaron lazos que han interrumpido acuerdos vitales para los marroquíes como son los asuntos de becas y educación o los acuerdos laborales que hubieran permitido a los trabajadores marroquíes emigrar a España en el contingente laboral de este año. Al menos, el catálogo de reproches no se ha jerarquizado. El resultado ha sido que se ha creado una situación de confusión y perplejidad ante la opinión española que ha hecho mucho daño a la imagen y a los intereses de Marruecos en España, reforzando los estereotipos, reafirmando el clima de hostilidad que, nadie puede negar, existe en la opinión pública española sobre Marruecos.

Visto desde España ha sido difícil entender qué ha sido lo que más ha ofendido a la parte marroquí. ¿La pesca? Quedaba lejos ya la ruptura de las negociaciones para una respuesta tan tardía y abrupta. ¿El Sahara? Que se supiera, la postura española oficial no había cambiado en esta cuestión. Había tenido lugar, eso sí, el simulacro de referéndum en Andalucía que no había pasado de ser un juego de niños realizado con torpeza y demagogia, pero no fue un asunto que implicase al Estado, sino a una Comunidad Autónoma. Al fin y al cabo el embajador está acreditado ante el Rey y no ante el presidente de la Junta de Andalucía. Junta que tampoco era responsable salvo del error de haber dejado el local del Parlamento andaluz para instalar una urna para el citado refrendo. ¿Ceuta y Melilla? Al coincidir la retirada del embajador con conversaciones sobre el futuro de Gibraltar entre Reino Unido y España, podría haberse pensado que era necesario un gesto similar de España hacia los marroquíes en relación con las ciudades. Pero eso hubiera debido expresarse directamente con todas las palabras y no retirando al embajador. ¿La inmigración clandestina? Marruecos reprochó al gobierno español la acusación de que las pateras y las mafias que las lanzan son responsabilidad del gobierno marroquí, que no hacía lo suficiente para cortar su tráfico. El propio Mohamed VI se hizo eco de ese reproche devolviendo a España la co-responsabilidad en este asunto en una entrevista a *Le Figaro*. ¿Sería, quizás, el tono altanero de los gobernantes del Partido Popular al hablar de represalias hacia Marruecos? Pero también eso quedaba en octubre lejano en el tiempo.

Quedaba también la hostilidad de la prensa española hacia Marruecos, hacia su sistema político, sus instituciones, el tratamiento de la figura del rey, como la razón más plausible para haber motivado la reacción del "gdba" (despecho)

marroquí. Y ahí sí que la medida es, más que desproporcionada, particularmente inapropiada. Nada puede el ejecutivo español contra la prensa, salvo cuando calumnie o difame. Lo que Marruecos reprocha es una mirada recelosa, una visión tergiversada o tendenciosa, pero ello es algo bien difícil de sancionar judicialmente. No se puede imaginar a Aznar (o en el pasado a Felipe González, como tampoco a Lionel Jospin en el asunto del libro de Tuquoi) cerrando diarios o llevándolos a los tribunales por tratar con frivolidad a Marruecos. Eso es algo que Marruecos debe cuidar, mejorando su imagen exterior con una combinación de "sagesse" política, de bravura democrática y de marketing publicístico. Sin olvidar a veces el recurso a los tribunales cuando portadas de diarios (como en el caso del semanario *Tiempo* que tituló en portada "El rey déspota y juerguista") difamen la imagen del soberano de un país amigo y vecino.

Marruecos no tuvo el coraje de apostar fuerte cuando se produjo la primera visita oficial de Mohamed VI a España en septiembre del año 2000, por miedo a esa prensa que confunde la noticia con el sensacionalismo y a una opinión hostil, visceral y desinformadamente pro-polisaria. Con la actual y prolongada crisis se pagan los platos rotos de esa visita "de puntillas", desapercibida, de no haber aprovechado la tribuna del Parlamento español para explicar, ante la opinión española, un proyecto de futuro democrático para Marruecos que hubiera eliminado prejuicios, barrido clichés y creado simpatías.

Pero el hecho de que la prensa española simplifique o tergiversar la realidad marroquí (mezclado todo ello con verdades como puños que molestan a quienes no están por el cambio en Marruecos, no lo olvidemos) ¿justifica que no se la deje informar? Me refiero a la actitud sorprendente del encargado de prensa extranjera del Ministerio de Comunicación marroquí, cuando negó en un primer momento la acreditación de la prensa española para la visita que Mohamed VI llevó a cabo a El Aaiún. ¿Qué puede pensar la opinión española al escuchar al señor Chakib Larusi que esa era la última de las preocupaciones de Marruecos? Por supuesto que al final las autoridades marroquíes terminaron por dejar informar a la prensa española, que lo hizo, como era de esperar, fijándose en lo anecdótico unas veces, quedándose en lo superficial otras, y haciendo concesiones al exotismo las más veces.

Lo que ha traducido la decisión de retirar al embajador es que se ha querido resaltar que los canales de comunicación entre los dos países no funcionan. Pero el resultado ha sido que de este modo lo poco que funcionaba se ha echado a perder. Unos y otros se reprochan ser los culpables del malestar, pero al final son los estudiantes marroquíes, los artistas marroquíes, los trabajadores inmigrantes marroquíes, de un lado, pero también de otro los empresarios españoles en Marruecos, los que han terminado pagando el pato de la crisis. Y no necesariamente por maquiavelismo o mala fe española, sino porque se han cortado todos los puentes. Si somos honestos, hemos de reconocer que los errores provienen de ambos lados, del orgullo enquistado de los gobernantes y de la falta de claridad y transparencia en las relaciones.

Mientras se restablecen las relaciones normales que en otro tiempo no demasiado lejano llegaron a mantenerse (aunque siempre con sus altos y bajos y hasta con sus momentos de crispación), se impone que las dos sociedades civiles, la marroquí y la española, conecten entre sí, restauren los canales que a través del mundo intelectual, empresarial o asociativo ya existen. Pero los bloqueos, los contenciosos, están ahí y los mecanismos que se diseñaron para la mediación se han revelado inútiles. El Comité Averroes, que creó el último gobierno González apenas dos meses antes de la victoria electoral de 1996 del Partido Popular, se convirtió de inmediato en un instrumento político, en una correa de transmisión del Ministerio de Asuntos Exteriores de Abel Matutes. Por su parte, Mohamed Benaisssa hizo lo propio con la parte marroquí y el Comité fue incapaz de gozar de autonomía, de reunirse cuando había problemas, que era para lo que había sido creado, viviendo a merced de las inestables relaciones. La publicación de un artículo en la revista *Interviú*, estableciendo connivencias entre autoridades

marroquíes y el negocio del hachís bastaba para que una reunión prevista se suspendiera sin más explicaciones, como si la prensa fuera responsabilidad del Comité o de los gobiernos. Así ha languidecido ese Comité Averroes que lleva dos años sin reunirse, justo cuando más falta ha hecho para mediar en la crisis.

Aprendiendo las lecciones de esta historia reciente se echa de menos en la relación entre los dos países la creación de canales directos entre las sociedades que puedan justamente aparecer como instancia de mediación en los momentos en que las relaciones sean malas. Canales que no dependan de los poderes públicos, porque son ellos los que deciden cuándo es o no el momento para castigar o presionar a la otra parte. Lo difícil es imaginar quién pueda financiar la existencia autónoma de una célula de amistad entre los dos países capaz de ir al fondo de los problemas, de ser incluso inconveniente con los intereses creados privados contrarios a los colectivos.

Hay que destacar que ningún embajador español en Marruecos ni ninguno de los marroquíes en España desde la democracia ha sido capaz de crear un lobby que defienda los intereses recíprocos. Y nos encontramos aún hoy convertidos en fiscales del otro pero sin abogado defensor en el país vecino. Se pensó hace años que la solución era estrechar los lazos económicos y humanos entre los dos países, la famosa teoría del "colchón de intereses compartidos", pero lo que se ha revelado es que a pesar de que ese colchón se ha desarrollado y mucho (ha crecido la inversión española en Marruecos -hay 800 empresas españolas allí instaladas- y un cuarto de millón de marroquíes viven ahora en España) permanecen los mismos bloqueos de fondo. ¿No será que es hora de abordarlos? Y esos bloqueos se llaman Ceuta y Melilla, Sahara Occidental, los vestigios de la relación colonial hasta ahora mal resueltos.

No digo con ello que haya que resolverlos de una manera unilateral, sino de manera dialogada. Pero es preciso hablar de ello, no ocultar que son motivos de fricción, romper los tabúes. Con más motivo ahora que España y Gran Bretaña hablan de Gibraltar como "socios" (¿no lo son, también, Marruecos y España, ligados por un tratado de Amistad y Buena Vecindad?), ahora que un Acuerdo Marco sobre el Sahara Occidental permite que se negocie con el Polisario esa etapa transitoria de cinco años que podría dar una salida al conflicto. España debe aprender a oír que hay que ir pensando también en fórmulas de co-soberanía para Ceuta y Melilla. Como Marruecos debe saber escuchar que no puede haber un Acuerdo Marco creíble en la cuestión del Sahara sin que al final de esa etapa de cinco años los únicos que deben decidir el destino de la autonomía de la región integrada en Marruecos son los que la ONU ha identificado como saharauis y no debe tener miedo a ello si es capaz de trabajar políticamente para ganarse a esas poblaciones con un proyecto atractivo de un Marruecos democrático y descentralizado desde Saidaia hasta La Güera.

Pero desde luego no es con espectáculos como el de la conquista de los riscos de la isla del Perejil como se prepara el camino para el entendimiento. Cabe preguntarse si no es una maniobra de desestabilización interior propugnada por algún sector de un régimen y un país que no pasan por el mejor momento de cohesión, pese a que una boda real quiera enmascararlo. La prudencia de nuestro ejecutivo debe ser la norma hasta que se disipe el humo de esta cortina.

Marruecos ha demostrado una vez más saber manejar los hilos para provocar situaciones de nerviosismo en España. Como decía hace ya ocho décadas Manuel Azaña, Marruecos sigue pesando en nuestros asuntos más de lo que nosotros pesamos en los suyos. Lo que queda por dilucidar es quién, en un Marruecos en vísperas electorales, con un gobierno desgastado e impotente ante escándalos como los del CIH, Crédit Agricole y la Caja Nacional de la Seguridad Social, ha aprovechado la fiesta de la boda real para ocupar sin riesgos -salvo el no pequeño de una escalada mal controlada con España-, un peñón desocupado pretextando razones estratégicas de vigilancia y control de las mafias que actúan en el Estrecho. Ese quién apenas puede ser otro que el Ejército, de quien se dice que ha

ido adquiriendo un papel cada vez más relevante en el Marruecos de Mohamed VI. Este agravamiento de la crisis bilateral no tiene otra salida que diplomática. Un buen test para la ministra Ana Palacio, que tal vez debiera mover pieza para desactivar en vivo la crisis, manteniendo la tradición de sus antecesores, y siendo capaz de volverse con un acuerdo que sienta las bases de un observatorio conjunto hispano-marroquí en ese islote de la discordia, para la lucha común contra las plagas que pretenden dominar en el Estrecho

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© *Fundación Real Instituto Elcano 2011*

[Subir ▲](#)